

Aguas aéreas

Perse en sus vías y maneras

David Huerta

Un día, interesado en ahondar en la poesía de Saint-John Perse, tuve la fortuna —según yo, ingenuo— de encontrarme con un libro de crítica literaria dedicado enteramente al tema. Sin el menor titubeo lo compré, con la ilusión de darme un banquete de *persiología*; pero no: no sería en esa ocasión y no, en absoluto, con ese libro.

El autor del tratadillo reconoce de entrada la “oscuridad” de la poesía de Perse y hace la siguiente reflexión, señal bastante clara de la decepción inminente: “Acaso sea [*la fama de oscuridad de esa obra poética*] porque su vocabulario, de una sorprendente riqueza, acoge términos de botánica, ornitología, mineralogía, u otros que pueden detener al lector”. El crítico afirma con aplomo: “todas las palabras ‘raras’ de Saint-John Perse se hallan en el Diccionario”. Y a pie de página, con muchos aires académicos, sumamente antipáticos, asienta la advertencia desoladora:

Sin embargo, mientras profundizábamos en la comprensión de su obra, hemos reunido numerosas fichas que nos permitirán realizar, ulteriormente, un estudio sobre el vocabulario ‘técnico’, en dominios tan diversos como la flora, la zoología, la geología y los términos propios de oficios o artesanías.

No le creí una sola palabra a esa nota al pie de la página, en el comienzo mismo de la obra; tampoco me gustó el tono del sedicente especialista: por ejemplo, el *nosotros* implícito en la metáfora buza o espeleóloga (“mientras profundizábamos”), cuando es evidente la primera persona del singular (*yo, yo*: con mal disimulado egocentrismo). Ya mejor no comento el adverbio sangrón: “ulteriormente”. *Ulteriormente* me dedicaré a no leer a ese individuo.

En lugar de ese tristón y poco serio “especialista persiano”, cualquiera con dos dedos de criterio habría emprendido la utilización abundantísima y pormenorizada de esas “numerosísimas fichas”. El santo señor —puedo jurarlo con el mismo aplomo de su nota académica— nunca de los nunca preparó ni media ficha, a pesar de su noticia y de su pomposa promesa de un “estudio ulterior”.

En lugar de distraerme con sedicentes especialistas, preferí hacer un esfuerzo transatlántico-parisien y conseguir la edición de la Bibliothéque de la Pléiade con la obra poética de Saint-John Perse, ejemplar cuya sola presencia en los estantes de mi biblioteca me llena ahora de alegría.

Con discreción, desde luego, leo y consulto asiduamente esa bella edición. Ese ejemplar honra el ciclo de mis lecturas persianas de toda la vida; quiero decir: de mi vida desde la adolescencia en la ex hacienda de Coapa (es decir, en la inolvidable preparatoria 5), una vida fervorosa comenzada en medio de jóvenes librescos, esmaltada por la lectura, muchas veces en voz alta, ante esos amigos, de ciertos pasajes como la memorable enumeración de *Anábasis* sobre los oficios y las tareas y actividades humanas: “Ah, toda suerte de hombres en sus vías y maneras”, con el renglón no menos memorable en donde aparecía una palabra de veras rara: “adalingue”.

Las traducciones del colombiano Jorge Zalamea se confundían entonces —los años sesenta— con la poesía misma de Saint-John Perse. En el futuro ocurrirían las conversaciones con Gerardo Deniz (llamado en el siglo Juan Almela), la lectura del libro analítico y crítico de Roger Caillois, la visita a las traducciones persianas del gran T. S. Eliot —nos asomábamos a ellas con autén-

tica reverencia, equipados con un inglés muy limitado, nutrido cotidianamente con letras de canciones de rock. (Eso de “conversar con Deniz-Almela” es una exageración, a todas luces: yo me sentaba a escuchar y a aprender, a tratar de aprender).

En ese libro de La Pléiade puedo sumergirme a veces y regresar a la superficie, más tarde, con presas formidables: versos, frases raras u oscuras, imaginaciones, paisajes... y *palabras, palabras, palabras*. ¿Cómo no? Se trata de una obra poética y la poesía se hace con palabras. Me parecía de elemental justicia esperar del libraco aquel (por mí memorado en el principio de estos renglones, en el lugar donde de ello se habla), libro tan irritante, noticias y reflexiones sobre el vocabulario del poeta; siendo decirlo así, pero mi sentimiento de frustración estaba justificado. Libros como ése le dan mala fama a la crítica académica (la editorial era de una universidad europea).

Las palabras, entonces. Miles, millones de palabras en la poesía de todas las lenguas. A pesar de la compleja, laberíntica, vertiginosa, babélica, resonante, murmuradora, gritona, intrigante, obvia riqueza léxica de los idiomas, las repeticiones son inevitables, cada voz o vocablo se dice y se piensa y se escribe una y otra vez. Hay una excepción, extrañamente conmovedora: la de esos términos llamados *hápax* por los filólogos clásicos. Mi primer encuentro con esta hermosa palabra —hermosa por extraña, añado— ocurrió, curiosamente, en una novela, francesa, *El viento de la tarde* de Jean D’Ormesson; leí en una de esas páginas lo siguiente sobre el vocablo *hápax*:

Término griego que designa las palabras de las que no se encuentra más que un solo ejemplo en toda la literatura y cuyo senti-

do suele resultar, por la misma razón, bastante incierto.

Ese escritor, Jean D'Ormesson, me simpatiza por una razón acaso extraña, pero suficiente para mí: es uno de los pocos escritores capaces de luchar a brazo partido por alguien a quien admiran. Él dio la pelea por la inclusión de Marguerite Yourcenar en la solemnísimas y machista Academia Francesa. (Ella no parece haber sido muy sensible al gesto ni haberle dado las gracias como, según yo, D'Ormesson lo merecía —y aun se permitió hablar mal de los libros de ese escritor: gajes de la grandeza y de la franqueza). Parezco lejos del tema, pero no es así: Marguerite Yourcenar ocupó en la Academia la silla vacante de Roger Caillois, ya mencionado, líneas arriba, como crítico, muy admirable, de los poemas de Saint-John Perse.

Los poetas trabajan con el inmenso patrimonio de las lenguas humanas. Es un tesoro común; pero ellos lo exploran y lo explotan sin cesar, a veces minuciosamente, siempre con una voluntad de llevarlo lejos, lo más lejos posible: *plus ultra*, como dice el lema de los formidables navegantes del siglo xv. Hablar de Saint-John Perse en estos términos es lo más justo: palabras, navegaciones.

Imaginamos al poeta suntuoso, poeta de fundaciones de ciudades y de muchedumbres en movimiento y de cuerpos bruñidos sobre las arenas ardientes, en su barquito de marinerío aficionado. Lo imaginamos en medio de ese incidente contado entre grandes risas por Gerardo Deniz.

El incidente marinerío de Perse va más o menos así: el poeta —además, importante diplomático— está aprendiendo en su barquito el uso de esas banderas para transmitir mensajes en alta mar. Se encuentra entonces con un gigantesco buque inglés y pone en práctica sus conocimientos recién adquiridos; el barco da toda una vuelta, laboriosamente, para poder “leer” el mensaje. Entonces, Perse les pregunta a los ingleses con las susodichas banderitas: “¿Necesitan ayuda?”, pregunta a todas luces absurda pues... ¿cómo va a necesitar ayuda un barco con toda la barba, y sobre todo: cómo un botecito se la va a brindar a un gran navío, si la necesitara? El buque vuelve a su curso con una

actitud inocultable de agraviado, y ni siquiera contesta: al día siguiente, la gaceta oficial del reino de Inglaterra presenta una protesta formal ante el gobierno de Francia por la conducta inaceptable de su irresponsable diplomático —habían leído el número de matrícula del bote persiano—, capaz de desviar un navío de Su Majestad para practicar recién adquiridas destrezas de marinerío novato.

En otra ocasión Perse conversa con Joseph Conrad. La escena parece ideal para escuchar palabras memorables sobre la sublimidad oceánica, pues ambos escritores, el polaco-inglés y el francés del Caribe, han escrito páginas imborrables sobre las aguas navegables. Decepción: Conrad le confía a Saint-John Perse su aborrecimiento de todo lo marino, fluvial, lacustre. Conrad detesta el mar, aborrece los océanos y todas las aguas en donde tanto ha padecido: el “corazón de las tinieblas” no es solamente la conciencia de Kurtz sino las aguas mismas, oscuras y ominosas, del río Congo.

Una vez más Deniz-Almela; no puede no ser así: ese nombre mexicano-español (con una gotita *de turco*) está ligado para siempre al de Saint-John Perse. En un curso formidable titulado “Forma y reforma”, dictado hace algunos lustros en la Casa del Poeta, explicaba Deniz las vicisitudes del epistolario persiano. Cómo, por ejemplo, el poeta se ocupó de retocar sus cartas de los años veinte para aparecer como un pro-



Saint-John Perse

feta del movimiento revolucionario de Mao Zedong. Con eso entraba en el meollo del curso: las formas literarias y los cambios experimentados por ellas, a veces a manos de los propios autores. Deniz se reía abiertamente de esas ínfulas de profeta de Perse; pero no ocultaba nunca su inmensa admiración por sus libros, por sus poemas, estudiados por él con todo detenimiento en un ensayo publicado en la revista *Vuelta* en mayo de 1994, es decir, hace veinte años casi exactos.

El ensayo deniciano en *Vuelta* era y es una joya: dan ganas de citarlo completo, así de lleno está de noticias y de reflexiones e iluminaciones. (“Iluminaciones”: la palabra, rimbaldiana, es no menos persiana. Perse fue traducido por Eliot y Rimbaud lo ha sido en años recientes por John Ashbery). Se publicó en mayo de 1994 en la revista *Vuelta*; más tarde, fue enriquecido con una colaboración muy bien documentada de Elsa Cross, en esa misma revista, sobre los *Cantos del Hoggar* y el poeta antillano-francés.

Las páginas denicianas se titulan “Curiosidades persianas” y son un ejemplo de crítica literaria bien asentada en la filología, es decir, en el conocimiento puntual de los materiales estudiados; en este caso, la vida, la obra, los contextos de Saint-John Perse, además de multitud de otros ámbitos vinculados, así sea tenuemente, con su poesía. El lector Deniz no nada más conoce al dedillo la poesía persiana; conoce también mil y una tradiciones, todas ellas pertinentes para el estudio crítico, desde el Libro Tibetano de los Muertos hasta la menor página de Alfonso Reyes; de la poesía de Léon-Paul Fargue a los más recónditos o abstrusos pasajes veterotestamentarios.

A Deniz sencillamente no le parecía correcto ni creíble el mito de la “ausencia de fuentes” en Perse. ¿Cómo era posible la dócil aceptación de ese mito? ¿De veras no tenía fuentes averiguables esa poesía, con todo y su extrañeza y su originalidad deslumbrantes? Gerardo Deniz no nada más encuentra algunas de esas fuentes: ofrece además una visión llena de vida, e inteligentísima, de la poesía de Saint-John Perse. Nada mejor: un gran poeta escribe acerca de otro gran poeta, y lo hace con una soberbia lucidez. **U**